

En sus últimos años pasaba el Vizconde temporadas veraniegas en Lequeitio con sus hijos y nietos, entreteniéndose en pescar desde un balcón de la misma casa, construida sobre el mar; y ya a partir de 1867 las pasó en Biarritz, en donde su yerno el Conde de Cedillo adquirió la soberbia propiedad llamada *Calaoutça*, a orillas del lago Marion -que hoy poseen los Iturbe-. Y allá que fue también, a regañadientes, el buen Vizconde, que hasta se lanzó a ver París, como nos relata su repetida nieta mayor:

*Lograron mis padres aquel año que fuese a Calaoutça mi abuelo a pasar una temporada; tenía una manía a Francia y a todos sus habitantes terrible, pero el amor a su hija venció e hizo el sacrificio de pasar la frontera, fue recibido con la alegría que es de suponer, lo pasó tan contento, rodeado de tanto cariño, que olvidó que estaba en la tierra tan aborrecida por él. Iba con mis padres a Biarritz, y como la sociedad aquella era española, lo pasaba muy bien. Como aquél año fue la exposición de París, le pudo decidir mi padre a que le acompañase a verla, no dejó de entretenerse viéndola, pero siempre protestando de todo porque allí sí que se sentía en Francia y, cuando volvió, se apoderó de él la nostalgia de Toledo y no tardó en marcharse, pues decía que el fin que se había propuesto era ver a sus hijos y nietos y ya estaba cumplido, llevaba la satisfacción de verlos buenos y contentos, y que ya nada tenía que hacer allí.*

Las turbulencias de la revolución de 1868 y los disturbios y desórdenes del *Sexenio revolucionario* orientaron al anciano Vizconde, quizá por influencia de su yerno el Conde de Cedillo, hacia el Carlismo: su nieta Ramona recuerda algunas situaciones de peligro de su persona, ocurridas entonces en Toledo y alguna otra que mereció su aprobación -así cuando en La Granja su cochero dio un rodeo para no cruzarse con el landó del Rey Amadeo-. De hecho, nuestro Vizconde se presentó como candidato por el partido carlista en las elecciones a Cortes de 1871, sin resultar elegido.

Una inmensa pena por la pérdida de su única hija, ocurrida en Toledo el 16 de octubre de 1871, sumió al anciano Vizconde de Palazuelos en una gravísima enfermedad que le llevó a la tumba. Su nieta la repetida Marquesa de Lozoya nos relata sus últimos días:

*Mi padre se bajaba por las noches a acompañar a mi abuelo para que no se quedase solo, estaba el infeliz en un estado fatal, sin poder conciliar el sueño y sin poder llorar, que dicen fue lo que le hizo más daño, se subían de día a casa y estábamos todos reunidos, sufriendo mucho, eso sí, y al tercer día de*

*la muerte de mi madre nos dijo "yo no puedo vivir sin mi hija y esta pena acaba conmigo", nos dio un beso y se bajó con mi padre a sus habitaciones. Al día siguiente era tal su abatimiento y se estado de debilidad que no tuvo fuerzas para levantarse, una persona tan enérgica como fue siempre, la pena pudo con su robustísima naturaleza. Así estuvo cuarenta y cinco días y murió el 30 de noviembre sin haber querido volvernros a ver. Yo deseaba verle y un día logré entrar en su despacho, me vio desde la alcoba y empezó a hacer signos con la mano para que me fuera, le decía la Nana, "Señor, sus nietos deben ser un consuelo para Vd., déjelos que vengan"; pero él contestó "son cinco clavos que tengo en el alma". No volví a intentar entrar en su cuarto, pero ¡qué pena me daba! ...¡qué temporada aquella más cruel...!*

El viejo coronel don Jerónimo del Hierro y Rojas, V Vizconde de Palazuelos, alcalde que fue de Toledo, murió en la ciudad imperial el 30 de noviembre de 1871, habiendo hecho su testamento allí el 22 de abril de 1847, ante el escribano Gabriel Torres Vicuña.